

bierta la intencion de publicar una obra tan moralizadora como encantadora; ni serémos nosotros los que pongamos en duda que en la frase *educacion cristiana* puede considerarse comprendido cuanto contribuye á la perfeccion de la mujer en todos los estados.

Hemos buscado, sin embargo, ansiosos alguna mayor explicacion; porque el principio sentado, de puro alto y general, nada nuevo dice, dejándonos en la mayor incertidumbre acerca de su aplicacion. Pero ha sido vano nuestro empeño; ninguna indicacion, ninguna aplicacion práctica se nos ha presentado, ó si alguna, como la de la página 113, en el capítulo dedicado al matrimonio, es muy ligera y hasta peligrosa. «Y, sin embargo, dice, á la mujer no se la educa; se la deja todavía expuesta al riesgo constante de su perdicion.—Se la enseña á adornarse, á ser, ó á lo ménos parecer bella, á tener amor; y no se la enseña á distinguir de amores, y no se la enseña á conocer á los hombres sino por las galanterías que le dirigen, ó tal vez por las asechanzas que ponen á su inocencia.»—Aquí ya nos encontramos harto léjos de la educacion cristiana; se trata de una educacion profana, y lo repetirémos, peligrosa. ¡Curso de clasificacion de amores, curso de conocimiento de los hombres; en una palabra, curso de malicia!..... ¡Pobre sencillez, pobre candor, pobre perfume de la inocencia! Ganas dan de inferir de todo que las niñas deben estar *bien guardadas*, más bien que *educadas* por ese estilo. Y ¿quién habia de ser el maestro?—¿La madre?—Esto repugna.—¿Profesores ó profesoras especiales en la ciencia de la malicia?—¿No quedaba otra cosa que ver! Atribuyamos estas ligerezas á la juventud del autor y contentémonos con la brillantez de la obra.

Ocurre, por último, preguntar cómo ha sido recibida por el bello sexo; porque más afecto, más delicadeza, más galantería no cabian. Ninguna mujer queda del todo contenta con su propio retrato; y todas convienen en preferir que las tengan por *indefinibles*. ¿Será que se reserven siempre la facultad de variar en algo?—Así es que esta obra y todas sus semejantes son recibidas por la parte interesada con cierta sonrisa mezclada de compasion y de cortés agradecimiento. Puede asegu-

rarse que entre los numerosos lectores de *La Mujer*, ellas forman una mínima parte.

Antes de despedirnos de estas amables tareas de D. Severo Catalina, que constituyen lo que podria llamarse sus *juvenilia*, y en que por cariño nos hemos detenido tanto, advertirémos que por una verdadera casualidad se ha descubierto recientemente su proyecto de otro ensayo, titulado *El Hombre*, cuyo bosquejo y distribucion tenia ya trazados. Nada más natural: *La Mujer*, en la juventud, en la edad de la imaginacion, de la ilusion y de la poesía; *El Hombre*, en la edad madura, la de la ciencia, de la experiencia y de la filosofía. Ahora, y sin perjuicio de completar y cerrar dentro de poco su corona de escritor, considerémosle un momento como profesor y catedrático; punto en que tenemos que limitarnos á las noticias aprovechadas ya por el Sr. Antequera.

«Ya ántes de tocar al término de su carrera, habia merecido..... sentarse en la silla profesoral..... Una Real orden de Marzo de 1852 le conferia, á los 19 años de edad, el cargo de sustituto de la seccion de Letras, que le dió asiento en varias cátedras, hasta que en 1855 se le dió el mismo cargo para la de hebreo. Qué aptitud y qué inteligencia demostrase en el desempeño de esta cátedra, lo dice el hecho bien elocuente de que al abrirse dos años despues las oposiciones para conferirla en propiedad, mereció el primer lugar en la terna y fué nombrado para ella.—Como no habia tarea ni esfuerzo superior á la capacidad de Catalina, apénas nombrado catedrático, tomó á su cargo dos cátedras con la misma facilidad que pudiera haber tomado una sola.»—Hasta aquí el Sr. Antequera. Refiere en seguida la ocasion que hizo necesario revestirle de este doble profesorado, que continuó desempeñando hasta su emigracion á fines de 1868.—Poco despues completa el mismo escritor á quien seguimos, este cuadro en los términos siguientes: «Amaba Catalina el profesorado y daba á sus actos toda la importancia que les es debida. Desempeñaba su cátedra con gran puntualidad y celo, sin excusarse de esta tarea ni áun en el

tiempo en que era director del ramo, y en que su salud, harto quebrantada y expuesta á muy graves contingencias, reclamaba imperiosamente el descanso. Asistia con asiduidad á todos los actos universitarios; y aunque alejado de las aulas en los últimos momentos de su vida, quiso ser enterrado con la toga y el birrete, símbolo del ministerio nobilísimo á que habia consagrado gran parte de ella. »

Asombra la multitud y la felicidad de sus estudios; carrera literaria más laboriosa y más dilatada, difícilmente se podrá citar en nuestras universidades; y como á tan increíble actividad se añadía igual intension y aplicacion, bien puede asegurarse que Catalina fué idólatra del saber, hasta sacrificarle su salud y su vida con una devocion, una consagracion de que podrán citarse muy raros ejemplos.

Era tan notorio su aprovechamiento, que, deseando el Gobierno sin duda conocer á fondo los tesoros que se custodian en la Biblioteca Nacional, tanto manuscritos como impresos, en punto á lenguas orientales, por Real orden de 21 de Marzo de 1855 dió comision á Catalina para su exámen y reconocimiento. Pudo haber en esta resolucion algo de condescendencia y deferencia con los deseos del jóven profesor, para que nada de lo tocante á su estudio favorito dejase de franqueársele en aquel rico establecimiento; pero ¿cuántos jóvenes á los veinte y tres años habrán deseado, ni merecido, ni obtenido distincion semejante? Esa precoz madurez, ese pasar casi repentinamente de discípulo á distinguido profesor en todos los ramos del saber, formaban el carácter distintivo de nuestro malogrado académico.

Fué tambien hombre de Estado. Desde muy temprano presintió que estaba llamado á figurar en primera línea; y quien sabe si alguna vez le alentaria en sus penosas tareas y le consolaria en sus vigiliass la idea de que todo aquello no era sino preparacion para los más altos destinos. Santa especie de ambicion esa, hablando á lo profano, que se funda en procurar merecer tanto, que el galardón venga á ser natural y como infalible y hasta necesario.

Su carácter y su ciencia inspiraban confianza; su exterior, su porte y su estabilidad, universal simpatía. Seguro en sus convicciones, firme en sus propósitos, decidido en sus actos, á todos puede decirse que agradaba, y todos le dejaban adelantarse y ascender, como reconociendo legítima su elevacion, merecido su encumbramiento. Luégo, que no hay partido que no necesite hombres de capacidad y que con su saber y su asiduo trabajo los acrediten y proporcionen lucimientos de esos que no consisten en frases, declamaciones y alardes.

Elegido diputado por Alcázar de San Juan en 1863, y cuando contaba treinta años de edad, lo fué luégo sucesiva y constantemente por Cuenca hasta 1868, y no permaneció ocioso; y en ocasiones señaladas pronunció discursos muy notables y aplaudidos, como el que puede llamarse célebre acerca de la instruccion primaria, en la legislatura de 1867 á 1868, al que precedió otro muy notable en la misma legislatura cuando se discutia el mensaje de la Corona, y varios que pertenecen ya á la época en que desempeñaba el ministerio de Marina el último citado año.

El carácter distintivo de su oratoria era la correccion, la posesion de la materia discutida, la ilacion lógica y casi matemática de sus racionios, la abundancia de doctrina, y sobre todo la que él, acaso el primero, designó con su favorita expresiva frase *tranquilidad y serenidad de razon*, que brilla en todos sus escritos y discursos. Sin conocerlo, y mucho ménos proponérselo, aparecia *quasi docens* en el Congreso, en las comisiones y juntas, y hasta en las conversaciones serias; consecuencia del largo hábito de explicar en las cátedras, pero sin asomo de pedantería pedagógica.

Por desgracia, la naturaleza—mal dicho entre cristianos—la Providencia, que le habia mejorado tanto, le habia negado la robustez, la anchura de pecho, la poderosa voz, y hasta aquella firmeza en la apostura y la planta que exigen de parte de sus oradores las grandes juntas y los congresos. Temeroso de desfallecer, conociendo la debilidad de su persona, economizaba sus discursos, llegando á confesar, tristemente resignado, que no siéndole dado aspirar á la vehemente declama-

cion de Demóstenes, habia de consolarse con una hábil invencion y disposicion, como Isócrates.

Destinos: en 1864 fué nombrado director del Registro de la Propiedad, ramo á la verdad bastante inconexo con sus particulares aficiones y estudios. Pero nada parecia nuevo á Catalina; y como algun amigo le confesase su admiracion al ver la expedicion y el acierto con que resolvia todo género de cuestiones, aún aquellas para las que no podia hallarse preparado, contestaba: *que era por cierto muy menguada la luz que no lo alumbraba todo, y que el sentido comun era casi siempre guia suficiente y segura*; en lo que se engañaba, creyendo que era *sentido comun* el suyo privilegiado.

Supo hacer oportuna dimision de aquel cargo, y en 1866 se le confirió la Direccion de Instruccion pública, que por espacio de tantos años ha parecido vinculada en la Academia, á cuyo propósito contiene observaciones el opúsculo necrológico del Sr. Antequera, que bueno será copiar, ya que no acertamos á mejorarlas. «Y no fué poco acierto, dice, nombrar á un hombre que aportaba..... á la vez con la práctica en la enseñanza, un profundo conocimiento de sus necesidades y un ardiente deseo de remediarlas. Por desgracia, continúa, coincidió con este nombramiento el principio de su afecion al pecho, que ya se revelaba en su contextura y fisonomía, al decir de los hombres de la ciencia, pero que no se manifestó claramente hasta entónces. No fué parte, sin embargo, la gravedad de esta dolencia para entibiar su ardor un solo punto; y alentado por el más noble celo, emprendió la reforma de la instruccion pública en una serie de decretos que..... siempre honrarán su nombre.....»

Si es lícito, y lo es por desgracia, averiguar los autores y redactores de las leyes, que deberian presentársenos como cosa revelada; y suponiendo de Catalina estas reformas de que hablamos, nadie negará á los preámbulos de los decretos que las contienen, concision, vehemencia, oportunidad y unidad de doctrina; acaso habrá quien los considere algo ardientes y apasionados en boca de un legislador, y sobrado impregnados del espíritu de escuela, para lograr el perpétuo respeto de la pos-

teridad, que olvidará seguramente las teorías exclusivas y casi los nombres de todos los partidos. Pero sea de esto lo que deba ser, literariamente son notables, y están libres de esa trivialidad oficial que los hace generalmente ocasionados al tedio y al universal desden.

Sentimos haber de pasar de aquí. Hasta las leyes del buen orden y método parece que lo repugnan; pero pueden llamarse verdaderos *actos políticos* más bien que frutos de la imaginacion y del estudio, los que así nos obligan á torcer nuestro camino. No querríamos, lo repetiremos, haber de citar dos opúsculos del Sr. Catalina: *El Viaje de SS. MM. y AA. á Portugal en Diciembre de 1866*, publicado el año siguiente, y *La Rosa de Oro enviada por la Santidad de Pio IX á S. M. la Reina Doña Isabel II en Enero de 1868*. Lo poco que sobre ellos digamos, en época de tan profunda division, ha de ser mirado por unos con prevencion y con ceño, por otros con rostro inquieto y descontentadizo; porque los sucesos están demasiado próximos, y á nadie se le cree bastante imparcial para juzgarlos. Serémos muy breves, y otro tanto frios y como insensibles.

La historia del viaje pertenece á una clase de publicaciones efímeras, en general poco leídas por su afectacion y su monotonía; y era muy árduo problema el de comunicar á la narracion movimiento, interés y calor histórico. Venció el Sr. Catalina todas las dificultades felicísimamente, preparando y atrayendo los ánimos un primoroso cuadrito, en que, con el nombre de *Reminiscencias históricas*, se resumen los lazos y vínculos que por todos lados unen á los dos pueblos español y portugues; y decimos *pueblos*, porque *naciones* distintas á nadie ha debido jamas ocurrirle llamarlas. Si por tan pequeña muestra hemos de juzgar de lo que habria sido Catalina como escritor de historia, sin vacilar le contaríamos entre los más distinguidos.—El resto de la obrita puede considerarse dividido en dos partes, aunque necesariamente mezcladas entre sí: viajes de ida y vuelta de S. M. dentro del territorio español, y viaje y permanencia de S. M. en Lisboa, con su regreso hasta

Badajoz. Ambas están esmaltadas con observaciones históricas, artísticas y hasta políticas oportunísimas.

Esto dice hoy el libro; ¿qué dirá dentro de cincuenta años? — No lo sabemos, no presumimos de poder adivinarlo; pero á no haber perdido para entónces la historia su carácter curioso, investigador, escrutador, planteará de seguro estas ó muy semejantes cuestiones: ¿pudo estar España en aquella grande ocasion más digna, más noble y majestuosamente representada en Portugal? — Dentro de casa, ¿pudo monarca recibir demostraciones más unánimes y ardientes de amor y de entusiasmo? — ¿Pudo ese monarca mostrarse más bondadoso, generoso, magnífico? — Pues siendo todo esto así, me figuro que proseguirá la historia, en vista de ese librito, preguntando: Entre ese *Benedictus qui venit*, y el *Tolle, tolle, crucifige* de Setiembre de 1868, ¿cuánto tiempo transcurrió? — ¿Cómo se explica esa mudanza? — ¿En cuál de las dos ocasiones fué el pueblo español sincero? — Terribles cosas me temo que, para contestar, dirá de nosotros la historia; y más si lleva en una mano el *Viaje á Portugal*, y en la otra el manifiesto que la ilustre desterrada publicó en Pau en 30 de Setiembre de 1868, obra también de la pluma del Sr. Catalina. Vamos que, si otra cosa no, preparamos á la posteridad buen fondo de hechos y de situaciones para escribir tragedias.

*La Rosa de oro enviada por la Santidad de Pio IX á S. M. la Reina Doña Isabel II en Enero de 1868, noticias históricas acerca de esta dádiva pontificia.* Así, á la letra, dice la portada de un librito consagrado á la historia de esta flor, demostracion delicada de favor con que los sumos pontífices distinguen á sus predilectos. Como libro, es una preciosa alhajita de expresion, distribucion y erudicion, y reúne datos no comunes..... Dicen que en sólo tres dias lo ordenó y escribió el señor Catalina por encargo de la augusta señora favorecida. — No se dirá que para consignar sus glorias de familia no sabía escoger buenos escritores. — Ninguna muestra elegimos por no ser prolijos; transcribimos tan sólo el primer periodo del breve de S. S. de 20 de Enero de dicho año de 1868, con que acompañaba tan preciosa dádiva. Dice así: *Carissima in Chris-*

*to Filia nostra Salutem et Apostolicam Benedictionem. Vehementer exoptamus perenni aliquo monumento palam publiceque testari ac declarare flagrantissimam illam qua Te prosequimur caritatem, carissima in Christo Filia Nostra, ob egregia Tua in Nos, in Ecclesiam et in hanc Apostolicam Sedem merita, ET OB EXIMIAS QUIBUS PRÆFULGES VIRTUTES.....* No damos la version castellana por no vulgarizar ciertas verdades, y nos abstenemos de toda reflexion. En ambas cosas nos hacemos violencia.

Llamándonos está D. Severo Catalina como hombre de Estado, en la mayor altura del poder, pues parece le habíamos echado en olvido, recordando tristezas.

Ministro de Marina desde 12 de Febrero de 1868, cuando era Presidente del Consejo el Duque de Valencia, pronunció varios discursos muy celebrados y recibidos con aplauso universal, y muy especial de un cuerpo, el de la Armada, que veía con admiracion tan noble y eficazmente defendidos sus intereses y derechos por un hombre enteramente extraño á cosas de mar, pero que tan poco tardaba en sobresalir en cualquier ramo, dominándolos todos por una especie de instinto práctico infalible.

Poco duró esta posicion, necesariamente interina y pasajera, y al subir al poder Gonzalez Brabo, en Abril de 1868, fué elegido Catalina Ministro de Fomento; esto en el nombre, en realidad ministro de amarguras, por haberle cabido la mala suerte de asistir á los últimos momentos de la dinastía á quien tan lealmente sirvió.

Excusado es, despues de esto, pensar en desenterrar sabios trabajos, útiles proyectos, medidas oportunas, de entre tantos escombros y ruinas: todo pasó como un sueño, y ni la misma historia se cuidará de recoger esos monumentos de la inestabilidad de las cosas humanas. Lo que no varió, lo que no participó de esa inestabilidad fué su consecuencia, su firmeza, su lealtad para con la Reina; de lo que es buena prueba la ilimitada confianza que esta señora continuó dispensándole, á pesar de haber sido uno de los pilotos que asistieron á aquel universal naufragio. Bueno es, sobre todo, adquirir fama de capacidad y de lúcido desempeño.

Habíale precedido y le acompañó esta buena fama á Roma, cuando inmediatamente fué enviado allá para representar confidencialmente á la Reina de España. Mision difícil, porque dan allí obstinados en no estimarnos en mucho, á pesar de haber tenido nosotros casi siempre el tino de encargarlas á hombres verdaderamente superiores; y porque se requiere para desempeñarlas dignamente, no sólo grande habilidad y sutileza, sino particular cultura. Lo decimos con orgullo: á buen seguro que esta vez ni asomo de tentacion les entraria de juzgarnos desventajosamente. A poco ya se habia granjeado Catalina el aprecio y —; por qué no decirlo? — la admiracion de los italianos. Bondadosa acogida logró del gran Pio IX, no se sabe por qué más, si por la representacion que desempeñaba, ó por su propia dignidad y mérito. Obtuvo cuanto pretendió, y lo obtuvo de buen grado de parte de aquella córte. Diez meses permaneció allí desempeñando el último eminente cargo de su bien aprovechada vida; pero sin olvidar su principal objeto: *aprender y enseñar*. Allí preparó y escribió su mejor inmortal obra, *Roma*; obra que bastaria para asegurarle asiento entre nuestros mejores escritores contemporáneos. El ser esta bellísima obra póstuma, nos ha movido á dedicarla un análisis ó exámen aparte despues de terminada la presente *Noticia*.

Hemos perdido la cuenta de las cruces, condecoraciones y bandas de várias clases y colores, españolas y extranjeras, con que se vió revestido: ¿qué le importará de esto á la historia! — La distincion que mereció y obtuvo cuando no pasaba apénas de los veinte y ocho años, la que él tenía en más, fué la de Académico de la Real Española, en la que tomó asiento el 25 de Marzo de 1861. El discurso que en aquella grande ocasion leyó sobre el influjo del idioma hebreo en la gramática, y principalmente en la sintáxis castellana, es sabroso y picante por la novedad, ademas de la notoria erudicion, elegancia y oportunidad que en él campean. Al escucharlo sorprendidos se decian al oido unos á otros los ya antiguos beneméritos académicos: «Buena adquisicion hace hoy nuestra Academia; ése es el tipo de un verdadero académico.» Y es tristemente curioso el hecho de haberle contestado elegante y discretísimamente el señor

D. Tomás Rodríguez Rubí, que andando los años, y no muchos, habia de ser tambien compañero suyo de Ministerio al estallar la rebelion de Setiembre. No quedaron defraudadas las esperanzas de la Academia Española: asíduo, laborioso, preparado para todo género de discusiones y asuntos, de palabra y por escrito, en las sesiones generales y en las comisiones, se mostró siempre digno de tan honorífico puesto. Trabajos preparados, dejó algunos, como la biografia del Sr. D. José del Castillo y Ayensa, y un proyecto de epítome, mejor dicho, compendio de Gramática para la Academia; modelo aquélla de sencillez y de gracia en el género narrativo, y de buen orden y de concision el segundo; escrito éste despues de regresar de su breve emigracion al extranjero.

Prolijo en demasía puede que parezca todo esto; algo tocado de ese espíritu de compañerismo y fraternidad que no sabe despedirse de un amigo predilecto, imaginando que con él conversa en tanto que de él prosigue hablando; pero quien mire con indiferencia ó con desden todas estas menudas noticias, es que no se para á considerar que no era obra de un momento presentar á D. Severo Catalina, siempre distinguido: como alumno, como profesor, como lingüista y orientalista, como escritor político y polígrafo, como poeta, como humorista y colorista, como apologista católico, como orador, como alto funcionario y Ministro, y por fin, como laborioso y útil académico. Si es que ni aun así aparece todavía grande y digno de conmemoracion bajo todos estos aspectos, culpa nuestra será. Probemos ahora por conclusion á presentarle *como hombre*, seguros de que, si admiracion ha merecido hasta aquí, no le han de faltar, bajo ese íntimo punto de vista, el amor y el respeto de cuantos ahora acaben de conocerle.

Era D. Severo Catalina de más que regular estatura, bien proporcionado de miembros, de agradable color trigueño, y de sueltos y airosos movimientos. Entre sus facciones, todas regulares, sobresalian y dominaban los ojos y la boca. Grandes, vivos, oscuros, penetrantes los ojos, acompañaban admirablemente con su expresion cuanto queria indicar y significar, y hasta denotaban que mucho más quedaba allá detrás

guardado por prudencia y por reserva; y habrían bastado ellos para hacerse entender á falta de otro lenguaje. La casi perpétua sonrisa de sus labios, descubriendo en parte su blanca dentadura, constituía la fación más característica de aquel rostro; porque significaba la armonía interior de todas sus facultades, la felicidad que dentro de sí mismo experimentaba, y, sin asomo de orgullo, la facilidad, la expedición con que se conducía en todas las ocasiones, hasta las más difíciles, y lo distintamente que penetraba en lo interior de su interlocutor, por muy prevenido y enmascarado que se presentase. Intimaba el semblante que allí había á la vez un tesoro de benevolencia y exquisita cortesanía para con los amigos, y de penetración y de preparación para hacer frente á los que con oculta intención se presentáran. Y en aquella especie de disimulada lucha que se traba desde luego entre dos hombres no vulgares que se encuentran por primera vez, bajo formas muy pulidas y cultas; se echaba de ver bien pronto que no era él hombre que se dejase presidir y dominar tan fácilmente. — Vestía modesto, pero con mucho aseo; y en medio de la variedad de trajes que su múltiple vocación y variedad de empleos le precisaron á usar, bien se conocía que para todos era, que todos le estaban bien, siendo cosa tan accesoria en él, que apenas había quien pudiera detenerse á reparar cómo estaba vestido. Tenía gracia, soltura y desembarazo en su porte, y jamás se le vió cortado ni sorprendido; ni tampoco su aparición repentina descompuso nunca la franqueza ni la intimidad en las reuniones á que asistía. Queríanle á él sin límites sus amigos, como por una especie de necesidad; él los estimaba en proporción á su mérito é importancia: nacido más para la prudencia que para predilecciones, caprichos y vanos fervores. En una palabra, eran en él nativas todas las cualidades que contribuyen á formar un hombre muy superior y muy práctico; y lo que á fuerza de observación y de estudio consiguen tarde los demás, habíalo él traído como en dote ó por juro de heredad desde la adolescencia.

Era de genio vivo, pero contenido, y jamás por la viveza atropelló sus pasos; sino que, reprimida, le comunicaba pres-

teza y oportunidad de continuo, precipitación nunca. Oía con sosiego y pacientemente; y aunque muy agudo, tardaba en responder y hacía sobrio de palabras.

De condición mansa, jamás se le vió poseído de la ira; y los disgustos y desengaños de la vida, tristeza le causaban, pero pasajera; no desorden, no exaltación, no arrebatos. De suerte, que, acaso sin conocerlo, practicaba aquellas sábias máximas: *Velox ad audiendum, tardus ad loquendum et tardus ad iram*, verdadero tesoro de prudencia y de moderación en la vida; consejos casi suficientes para civilizar un pueblo.

De vuelta al hogar doméstico, se desnudaba de toda esa penosa reserva, y se abandonaba á su natural expansivo y hasta jovial y decididor. Allí alegremente depuesta la carga de la formalidad, á todos provocaba á la alegría con su buen humor y sus chistes. Ni se desdeñaba de presentarse como un festivo estudiante, á las veces como un niño; tanto, que su madre, más contenida en esto, y opuesta á verle descender ni por un momento de la altura en que le veía con tanta complacencia, solía exclamar, pero, se supone, con deseo de que la contradijesen: «¡Y dicen que mi Severo tiene mucho talento!»

Cautó y previsor en los negocios serios, dejábase engañar casi á sabiendas en los menudos y personales. Como cuando volvió á casa cierto día riéndose de su propia credulidad, y celebrando la astucia de un estafador, que, con pretexto de extender el título de no sé qué cargo ó condecoración para un pariente de Catalina, le sacó el importe del papel sellado que alegaba ser indispensable; todo patraña para sorprenderle.

Del dinero era pródigo como se tratara de hacer bien ó de proporcionarse libros; en lo que era extremado, no encontrándose nunca satisfecho, á pesar de poseer una selecta y numerosa colección, y de tener más que otro á su disposición todas las bibliotecas de la corte. Pocos días antes de morir andaba afanoso buscando un buen ejemplar de las obras de nuestro inmortal Luis Vives, sobre lo que pedía noticias al que más tarde había de ser su biógrafo; habiéndonos dejado con la curiosidad de averiguar qué era lo que proyectaba con los escritos de aquel insigne polígrafo y filósofo, que podemos apelli-